

*La resistencia campesina y la historiografía de la Europa medieval*¹

Paul Freedman
Universidad de Yale

Hasta época bastante reciente, se consideraba que el campesinado carecía de papel en el espectáculo dramático del progreso histórico. Cuando los campesinos se veían implicados en acontecimientos importantes, los historiadores veían en ellos unas víctimas desventuradas, o quizás, los integrantes de unas masas objeto de manipulación. Esta opacidad histórica tenía que ver con la percepción extendida de su irrelevancia creciente en el mundo contemporáneo. Se creía inevitable la inminente desaparición del propio campesinado². De hecho, en Europa occidental dicha desaparición sí ha sucedido, constituyendo una de las transformaciones más radicales que ha traído el siglo XX. Al final de su obra *La identidad de Francia*, Fernand Braudel hizo notar que el suceso más espectacular de la historia francesa reciente fue la terminación de la sociedad rural que aún estaba intacta en 1914, quizás incluso en 1945, pero que en la actualidad ha desaparecido prácticamente³. Otro gran historiador de nuestro tiempo, Eric Hobsbawm, señala la “muerte del campesinado” como el cambio social más espectacular de la segunda mitad del siglo XX⁴. Resulta irónico (teniendo en cuenta el desprecio con el que se miró durante tanto tiempo al campesinado), que el óbito de esta antigua clase social en Europa haya provocado tanta inquietud, por no decir tantos lamentos. Las identidades regionales y locales, la identificación con la tierra y con sus virtudes tradicionales—todas estas cosas se han visto socavadas por el abandono de las fincas agropecuarias o por su conversión en corporaciones empresariales⁵.

¹ Lo que sigue es una revisión sustancial de un artículo aparecido en inglés en la publicación eslovena *Filozofski Vestnik* 2(1997), 179-211, donde se abordaba de un modo más específico la cuestión de las guerras campesinas tardomedievales.

² Por citar un ejemplo no ideologizado de principios del siglo XX, véase A.H. JOHNSON, *The Disappearance of the Small Landowner* (Oxford, 1909; reimpreso en 1963).

³ Citado aquí a partir de la versión inglesa: *The Identity of France*, (trad. de Siân Reynolds, vol. 2 (Glasgow, 1990), págs. 674-675.

⁴ Eric HOBBSAWM, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991* (Londres, 1994), p. 43.

⁵ Sobre el caso francés, por ejemplo, véase Michel GERVAIS et al., *La fin de la France paysanne de 1914 à nos jours*, Histoire de la France rurale, vol. 4 (Paris, 1976); Michael BESS, «Ecology and Artifice: Shifting Perceptions of Nature and High Technology in Postwar France», *Technology and Culture* 36 (1995), 830-862. Sobre el caso de Cataluña, véase la nostálgica evocación que hace Maurici Duran en *Adeu els pagesos* (Barcelona, 1996).

Para la mayoría de los agentes políticos y representantes de las ciencias sociales, sin embargo, el fin del campesinado era algo plausible y que había que acelerar en aquellas regiones (sobre todo en la Unión Soviética de los años 30 y, posteriormente, en el Tercer Mundo) donde persistía la agricultura de pequeña escala. Según las teorías económicas tanto capitalistas como socialistas, el progreso hacia la "modernidad" exigía una "racionalización" de la agricultura que pasaba por el aumento en la dimensión de las unidades de cultivo y la reducción de la población rural. En el Banco Mundial, la Fundación Ford o las empresas internacionales, los economistas expertos en cuestiones de desarrollo estaban acostumbrados a contemplar con ecuanimidad la desintegración de aquella cultura y aquella economía rurales caracterizadas por la insularidad a manos de tecnologías e inversiones que reorganizaban antiguas economías de subsistencia.

Aunque no estén aliados en lo conceptual con esta visión tan agresiva del progreso, los historiadores occidentales han venido compartiendo las opiniones de los defensores del desarrollo industrial, al considerar que los campesinos han quedado al margen del proceso de transformaciones históricas incluso en aquellos casos donde en teoría tendrían que haber ostentado el protagonismo. La Guerra de los Campesinos alemanes de 1525, según una opinión que fuera dominante, no fue en esencia un movimiento del campesinado, sino que más bien habría que interpretarla como un síntoma de una crisis política alemana. El historiador más prominente en esta cuestión, Günther Franz, vio en dicho acontecimiento una porción de una lucha de dimensiones superiores por el destino del *Reich* alemán⁶. Otros historiadores, aunque sin minimizar de tal modo los aspectos sociales del conflicto, presentaron a los campesinos como un colectivo movido desde el exterior por el ímpetu de la Reforma y sus ideas subversivas concomitantes, que se originaron en las ciudades⁷.

Existen estudios sobre la Italia medieval, por mencionar otro ejemplo, en los que al entorno rural se le atribuye una importancia escasa en comparación con las ciudades. La historiografía italiana ha visto con frecuencia en los campesinos elementos pasivos, y en sus insurrecciones un reflejo de crisis políticas o fiscales (las derivadas, por ejemplo, de la constitución de estados a nivel local) en lugar de una afirmación independiente del propio campesinado⁸.

⁶ Günther FRANZ, *Der deutsche Bauernkrieg*, 12ª edición (Darmstadt, 1984), pág. 288.

⁷ Bernd MOELLER, *Imperial Cities and the Reformation: Three Essays*, traducción inglesa de H.C. Erik Midelfort y Mark U. Edwards, Jr (Durham, N.C., 1982); Steven OZMENT, *The Reformation in the Cities: The Appeal of Protestantism to Sixteenth-Century Germany and Switzerland* (New Haven, 1975); A.G. DICKENS, *The German Nation and Martin Luther* (Nueva York, 1974); Heiko OBERMAN, «Tumultus rusticorum: Von 'Klosterkrieg' zum Fürstensieg», *Zeitschrift für Kirchengeschichte* 85 (1974), 157-172.

⁸ Una corrección de esta tendencia se aprecia en el volumen editado por Giovanni CHERUBINI, *Protesta e rivolta contadina nell'Italia medievale* (= *Annali dell'Istituto 'Alcide Cervi'* 16) (Roma, 1994). La importancia de los estados tardomedievales la siguen subrayando Bruno Andreolli en el caso del Trentino (págs. 27-43) y, en la conclusión de la obra, Jean-Claude Maire Vigueur (págs. 261-268).

Si bien es cierto que la mayoría de las transformaciones de la agricultura contemporánea son el fruto de la economía capitalista global, se hace preciso reseñar que desde la Izquierda tampoco se ha favorecido demasiado la agricultura familiar. Conforme al pensamiento marxista ortodoxo, los campesinos han constituido un obstáculo al progreso revolucionario o, en el mejor de los casos, se han limitado a ser seguidores y participantes indirectos. La capacidad del proletariado urbano de forjar por sí solo una auténtica revolución ya fue afirmada por Marx y reiterada por Lenin. El socialismo y la reforma del régimen de propiedad de la tierra conllevarían la eliminación del campesinado: un proceso que en realidad ya estaba en marcha como consecuencia de una estratificación cada vez mayor (enriquecimiento de los *kulaks*, empobrecimiento de los pequeños propietarios, eliminación del grupo intermedio) derivada del capitalismo⁹. La colectivización de la agricultura impuesta bajo el régimen de Stalin se justificó por la supuesta necesidad de modernizar una sociedad atrasada mediante la destrucción íntegra de sus pequeños propietarios agrícolas. Posteriormente, el análisis marxista de la situación del campesinado en el mundo capitalista y en el Tercer Mundo ha tendido a atribuir a esta clase la condición de un semi-proletariado. Víctimas de la racionalización económica y de la globalización del mercado, los campesinos subsisten gracias únicamente a la venta de su mano de obra, no pudiendo ya depender del cultivo de una propiedad agraria¹⁰.

Bien es cierto que algunos movimientos campesinos del pasado han recibido del pensamiento marxista una consideración positiva. La tradición de exaltar la Guerra de los Campesinos alemanes de 1525 se remonta a Friedrich Engels. A pesar de ello, Engels interpretó aquella lucha no como una insurrección *per se*, sino más bien como una manifestación de la crisis de la sociedad feudal y de la transición hacia el capitalismo. Como desde la Derecha sostendría Günther Franz, tampoco en este caso parecía que los campesinos estuvieran desempeñando por propia iniciativa su papel como actores históricos. Tras los pasos de Engels, la historiografía germano-oriental vio en las revueltas de 1525 un episodio de una “primera revolución burguesa” cuyos orígenes y significado real había que buscarlos en las ciudades. La insurrección campesina fracasó, pero contribuyó a introducir el nuevo modo de producción¹¹. Stalin consideraba que las primeras revueltas del campesinado ruso eran dignas de atención, pero que por su motivación eran “zaristas” y, por ende, irrelevantes para los verdaderos revolucionarios.

⁹ Karl MARX, *Formaciones económicas pre-capitalistas* (edición inglesa— *Pre-Capitalist Economic Formations*— publicada en Nueva York, 1965); Georgi V. PLEJÁNOV, «Nuestras diferencias», citado aquí de la edición inglesa de sus *Selected Philosophical Works*, vol. 1 (Londres, 1961), 122-399; Vladimir LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, citado aquí de la edición publicada en Moscú (1964)— *The Development of capitalism in Russia*; Karl KAUTSKI, *La cuestión agraria* (París, 1970).

¹⁰ Alain de JANVRY, *The Agrarian Question and Reformism in Latin America* (Baltimore, 1981).

¹¹ Friedrich ENGELS, *The Peasant War in Germany* (Nueva York, 1926); Adolf LAUBE et al., *Illustrierte Geschichte der deutschen frühbürgerlichen Revolution* (Berlín, 1974); *Die frühbürgerliche Revolution in Deutschland: Referate und Diskussion zum Thema «Probleme der frühbürgerliche Revolution in Deutschland 1476-1535»*, ed. Gerhardt Brendler (Berlín, 1961).

rios¹². Allí donde se ha atribuido a los campesinos el éxito económico (en la Inglaterra medieval, por ejemplo), se les ha visto como portaestandartes del capitalismo: por lo tanto, no como campesinos en realidad, sino como grandes agentes consolidadores de la propiedad agraria—protocapitalistas, pues, o capitalistas a fin de cuentas¹³.

A lo largo de la mayor parte del siglo XX las actitudes con respecto al campesinado se han asemejado curiosamente a las que en la Edad Media sirvieron para ver a aquél como una entidad pasiva, carente de expresión, capaz únicamente de llevar a cabo rebeliones espasmódicas y sin objetivos claros, privada de cualquier sentido de programa o progreso. La resistencia campesina expresaba una furia sin esperanza y no alguna suerte de plan organizado¹⁴. En resumidas cuentas, a las insurrecciones campesinas se las consideraba o bien explosiones irracionales (como, de modo muy característico, la *Jacquerie* francesa de 1358) o bien desarrollos dependientes ideológicamente de la iniciativa de grupos sociales que, como las clases urbanas durante la Guerra de los Campesinos alemanes, poseían una voz mucho más desarrollada.

Es mucho, sin embargo, lo que ha cambiado en esta cuestión desde los años setenta, a medida que se ha ido valorando de un modo más positivo la iniciativa, la racionalidad e incluso el poder del campesinado. Ello ha sido en parte el fruto de un tardío desencanto con respecto al poder del estado y con respecto a los costes sociales y efectos ecológicos del desarrollo industrial¹⁵. Los espectaculares fracasos del colectivismo agrario, o los efectos destructivos del sacrificio de las inversiones en el sector de la agricultura en pro de unas exportaciones de artículos de consumo gestionadas de un modo torpe y corrupto, han socavado en parte la confianza en lo que constituye la “racionalidad” o la “irracionalidad” en la práctica de la agricultura.

El redescubrimiento de la obra de A.V. Chayanov ha inspirado una visión más favorable de la economía agraria familiar¹⁶. En lugar de considerar al cam-

¹² Opinión expresada de modo muy destacado en su correspondencia con Emil Ludwig, citada en Leo YARESH, «The ‘Peasant Wars’ in Soviet Historiography», *The American Slavic and East European Review* 16 (1957), 241

¹³ He aquí, una vez más, una nueva convergencia del marxismo y del capitalismo triunfalista: E.A. KOSMINSKY, *Studies in the Agrarian History of England in the Thirteenth Century* (Oxford, 1956); Alan MACFARLANE, *The Origins of English Individualism: The Family, Property and Social Transition* (Cambridge, 1979). Véase también Peter GATRELL, «Historians and Peasants: Studies of Medieval English Society in a Russian Context» en T.H. ASTON, ed., *Landlords, Peasants, and Politics in Medieval England* (Cambridge, 1987), págs. 394-422.

¹⁴ Por ejemplo en Roland MOUSNIER, *Fureurs paysannes: les paysans dans les révoltes du XVII^e siècle (France, Russie, Chine)* (París, 1967).

¹⁵ Sobre esta cuestión, véase el reciente estudio de James C. SCOTT sobre la modernización como algo impuesto: *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed* (New Haven, 1998).

¹⁶ A.V. CHAYANOV, *The Theory of Peasant Economy* (traducción inglesa de la obra original, publicada originalmente en Moscú en 1925, hecha por Christel LANE y R. E. F. SMITH (Homewood, Illinois, 1966). Véase también Theodor SHANIN, «The Nature and Logic of the Peasant Economy», *Journal of Peasant Studies* 1 (1974), 186-206.

pesinado como una clase ineficaz, o en lugar de ver su tendencia a los vínculos familiares como un freno a la explotación mecanizada a gran escala, Chayanov apreció en las variedades de empresa agraria familiar estimaciones racionales y comprensibles del trabajo, el ocio y los beneficios económicos que eran compatibles con la explotación autosuficiente de la tierra¹⁷. El hecho de que en nuestros días los campesinos del Tercer Mundo no se hayan transformado enteramente en pequeños capitalistas o en un proletariado desposeído de la tierra constituye un argumento adicional a favor de la adaptabilidad y eficiencia de la producción familiar a pequeña escala. Observadores marxistas y no marxistas se han visto de esta manera influidos por una visión más optimista de la capacidad de persistencia del campesinado¹⁸.

A los campesinos se les considera actualmente, más que en épocas anteriores, participantes conscientes en los movimientos históricos. Hoy se percibe su consciencia de la propia situación, en lugar de su derrota y sometimiento a un discurso social hegemónico; se les ve no como pura materia cruda de la historia, sino como agentes autónomos de luchas declaradas o latentes. Este redescubrimiento de la conciencia y resistencia campesinas resulta especialmente diáfano en la obra del denominado “Grupo de los ‘Estudios Subalternos’” de la India. En una reseña de las principales contribuciones de Ranajit Guha, T.V. Sathyamurthy llama la atención sobre lo que en su opinión es el propósito fundamental de Guha a la hora de editar sus seis volúmenes de *Subaltern Studies*: combatir la “exclusión del campesinado insurgente de su propia historia” y restablecer al campesino como sujeto de la historia y no como objeto pasivo, primitivo e indiferenciado del proceso histórico¹⁹. A principios de la década de los noventa los “Estudios Subalternos” constituyeron una influencia importante en los Estados Unidos y en

¹⁷ Entre los medievalistas que han usado (no sin modificaciones) el modelo de Chayanov se encuentran, para el caso de Inglaterra, Barbara HANAWALT, *The Ties That Bound: Peasant Families in Medieval England* (Nueva York, 1986), págs. 107-123; y para el caso de Cataluña, Mercè AVENTÍN I PUIG, *La societat rural a Catalunya en temps feudals* (Barcelona, 1996), págs. 591-618.

¹⁸ SHANIN, “Nature and Logic”; Henry BERNSTEIN, “Notes on Capital and Peasantry”, *Review of African Political Economy* 19 (1977), 60-73; Samir AMIN y Kostos VERGOPOULOS, *La cuestión campesina y el capitalismo* (México, 1975); Nola REINHARDT, *Our Daily Bread: The Peasant Question and Family Farming in the Colombian Andes* (Berkeley, 1988). Una visión crítica de la polarización entre las nociones de “resistencia campesina” y “eliminación del campesinado”, específicamente referida a este libro, se encuentra en Tom BRASS, “Peasant Essentialism and the Agrarian Question in the Colombian Andes”, *Journal of Peasant Studies* 17 (1990), 444-455. Para un ataque al optimismo chayanoviano de la escuela de la “persistencia”, véase Utsa PATNAIK, “Neo-Populism and Marxism: The Chayanovian View of the Agrarian Question and its Fundamental Fallacy”, *Journal of Peasant Studies* 6 (1979), 375-420.

¹⁹ Ranajit GUHA, ed., *Subaltern Studies: Writings on South Asian History and Society*, 6 volúmenes. (Nueva Delhi, 1982-1989); T.V. SATHYAMURTHY, “Indian Peasant Historiography: A Critical Perspective on Ranajit Guha’s Work”, *Journal of Peasant Studies* 18 (1990), 92-144, sobre todo pág. 109. Esta visión de un campesinado insurgente que ejerce el control de su acción y su discurso se comparte también desde fuera del círculo de los “Estudios Subalternos”. Véanse, por ejemplo, Daniel FIELD, *Rebels in the Name of the Tsar* (Boston, 1976) y Steven FEIERMAN, *Peasant Intellectuals: Anthropology and History in Tanzania* (Madison, 1990).

Gran Bretaña dentro de un contexto caracterizado por los esfuerzos por “descolonizar” la historia global y el interés predominante por la capacidad de los grupos subordinados de generar espacios y oportunidades a pesar de las condiciones de su opresión²⁰.

En el caso de la historia medieval, un importante cambio de perspectiva en la consideración del campesinado ha venido de la mano de una comprensión creciente de la resistencia a los regímenes señoriales. Para empezar, el espectro de interés se ha ampliado para abarcar, no ya sólo los espectaculares levantamientos nacionales de la baja Edad Media (el de Inglaterra de 1381 o el de Alemania de 1525), sino también las frecuentes rebeliones locales de la alta y plena Edad Media. La economía agraria medieval, como ha afirmado Marc Bloch, pasaba por tales levantamientos campesinos con la misma frecuencia que el mundo del capitalismo industrial pasaría por las huelgas²¹. Esto se puede interpretar como una valoración pesimista de la futilidad de tales empeños o, de una manera más positiva, como una especie de mecanismo de control a largo plazo para frenar los excesos del poder señorial.

La atención prestada a las rebeliones de pequeña escala ha tenido asimismo el efecto de suavizar los contrastes que se percibían entre la Europa del norte (cuyos grandes levantamientos son bien conocidos) y la mediterránea (caracterizada por episodios de resistencia campesina menos dramáticos pero bastante frecuentes). Parecido efecto de disolución de contrastes se puede observar en el caso de la península ibérica, donde los movimientos campesinos catalanes y gallegos de la baja Edad Media resultan más visibles y por lo tanto son mejor conocidos²². Por lo que hace a Castilla y León, territorios que no registraron grandes levantamientos regionales, los estudios sobre las revueltas locales han demostrado la diversidad y extensión del descontento campesino desde el advenimiento de la sociedad feudal hasta la conclusión de la Edad Media²³. Las disputas estallaban

²⁰ Un número de la *American Historical Review* (nº 99, 1994) se dedicó en buena parte a los “estudios subalternos” y su contrapartida en el campo de los estudios literarios: la crítica poscolonial. Véase sobre todo dentro de aquel número el artículo de Gyan PRAKASH, “Subaltern Studies as Postcolonial Criticism”, *American Historical Review* 99 (1994), 1475-1490.

²¹ Véase el ensayo de Marc BLOCH sobre la historia rural francesa, publicado originalmente en París en 1931 y citado aquí de la versión inglesa de Janet Sondheim: *French Rural History: An Essay on Its Basic Characteristics* (Berkeley, 1966), pág. 170.

²² Aunque fuera del ámbito español ninguna de estas dos revueltas resulta tan bien conocida. En el caso de la guerra de los campesinos catalanes de 1462-1486, la monografía fundamental sigue siendo la de Jaime VICENS VIVES, *Historia de los remensas (en el siglo XV)* (Barcelona, 1945; reimpresso en Barcelona, 1978). Sobre el trasfondo de dicha rebelión, véase Paul FREEDMAN, *The Origins of Peasant Servitude in Medieval Catalonia* (Cambridge, 1991). Sobre la revuelta de los Irmandiños en la Galicia del siglo XV, véanse Isabel BECEIRO PITA, *La rebelión irmandiña* (Madrid, 1977); Carlos BARROS, *Mentalidad justiciera de los irmandiños, siglo XV* (Madrid, 1990).

²³ Julio VALDEÓN BARUQUE, *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV* (Madrid, 1975); Emilio CABRERA y Andrés MOROS, *Fuenteovejuna: la violencia antiseñorial en el siglo XV* (Barcelona, 1991); Reyna PASTOR, *Resistencias y luchas campesinas en la época del crecimiento y consolidación de la formación feudal. Castilla y León, siglos X-XIII* (Madrid, 1980).

por cuestiones relativas a la tierra, el ganado, los diezmos, los servicios de trabajo o labores debidas, la utilización de tierras comunales, los grados de dependencia. En algunos casos las revueltas eran provocadas por el comportamiento criminal de los señores o por el ejercicio de la violencia señorial²⁴. Todo ello ha quedado ampliamente recogido en los registros documentales, pero fue ignorado por la historiografía dominante a la hora de celebrar la supuesta ausencia de feudalismo en Castilla y León durante la Edad Media. La investigación reciente también ha demostrado cómo la Castilla tardomedieval se vio dominada, tanto en el ámbito urbano como en el rural, por una atmósfera general de conflicto de clases²⁵. No es que todos estos conflictos tuvieran necesariamente que resolverse mediante una revuelta abierta o recurriendo a modos de resistencia tan indirectos que no dejaban rastro. Isabel Alfonso ha escrito sobre la manera en que las comunidades campesinas recurrían a tribunales y procedimientos jurídicos para presentar sus reclamaciones en contra de los grandes propietarios: unas medidas éstas que hasta hace poco se han considerado meros ejercicios de futilidad²⁶. De un modo parecido, los estudios relativos a Cataluña han subrayado el papel de una serie de modestos (aunque constantes) movimientos antiseñoriales (legales y extralegales) frente a la guerra abierta de los *pageses de remensa* del siglo XV (algo que se ha pasado relativamente por alto)²⁷. De este modo, la supuesta división entre los territorios ibéricos aquejados por la insurrección y aquellos otros donde existía una paz relativa se ha difuminado un tanto.

Además de esta disolución de las diferencias entre los ámbitos mediterráneo y septentrional, o, ya dentro de la península ibérica, entre Cataluña o Galicia y la Castilla central, también se ha producido un cambio en la propia definición de lo que constituye la resistencia campesina. La actuación deliberada del campesina-

²⁴ VALDEÓN BARUQUE, *Los conflictos sociales*, págs. 54-65, 101-124, 153-174; PASTOR, *Resistencias y luchas*, págs. 74-112; 162-230.

²⁵ Así en Angus MCKAY, *Anatomía de una revuelta urbana: Alcaraz en 1456* (Albacete, 1985); Julio VALDEÓN BARUQUE, "Clases sociales y lucha de clases en la Castilla bajomedieval, en *Clases y conflictos sociales en la Historia* (Madrid, 1977), págs. 63-80; idem, "Tensiones sociales en los s.XIV y XV", en *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas.II. Historia Medieval* (Santiago de Compostela, 1975), págs. 257-280.

²⁶ Isabel ALFONSO ANTÓN, «Campesinado y derecho: la vía legal de su lucha (Castilla y León, siglos X-XIII)», *Noticiero de Historia Agraria* 13 (1997), 15-31. Véase también el atractivo artículo de Josep Maria SALRACH, «Prácticas judiciales, transformación social y acción política en Cataluña (siglos IX-XIII)», *Hispania* 57 (1997), 1009-1048: Salrach parece replantearse su anterior opinión según la cual el papel de los procedimientos y teorías legales era descartable; en este artículo, sin embargo, concluye que estas cosas, en la práctica, pudieron ser beneficiosas para las clases bajas, constituyendo en cualquier caso alternativas preferibles a la administración señorial.

²⁷ Josep Maria SALRACH, «Agressions senyorials i resistències pageses en el procés de feudalització (segles IX-XII)», en *Revoltes populars contra el poder de l'estat* (Barcelona, 1992), págs. 11-29. Sobre los modos de solidaridad y resistencia colectivas a lo largo de la historia medieval y moderna, véase la reciente recopilación *Solidaritats pagesos, sindicalisme i cooperativisme: Segones Jornades sobre Sistemes Agraris, organització social i poder local als Països Catalans*, ed. Jaume BARRULL et al. (Lérida, 1998), sobre todo la contribución de Josep Maria SALRACH, «Solidaritat i sociabilitat pageses en els orígens de la vila (segles X-XIV)», págs. 43-71.

do se discierne hoy en día no sólo en la afirmación violenta, sino en aquellos otros actos menos visibles y más ambiguos de la existencia cotidiana. En lugar de volver la vista exclusivamente hacia las rebeliones y otras manifestaciones explícitas, los observadores de las sociedades rurales de la época contemporánea han llamado nuestra atención sobre las actuaciones indirectas de la resistencia campesina: los procedimientos de evasión, las demoras deliberadas, el sabotaje y otras variantes de la no-cooperación que constituyen “formas cotidianas de la resistencia”²⁸. En el contexto medieval tal resistencia era posible porque la economía dependía de una forma de explotación que dejaba en manos de los campesinos el control efectivo de la tierra, permitiéndoles, en mayor medida que les ha sido posible a los esclavos o a los obreros de la industria, eludir la supervisión de sus dueños y apropiarse de lo que producían para su propio usufructo.

El estudioso norteamericano James Scott ha puesto de manifiesto la gran fortaleza que podía llegar a tener la resistencia del campesinado y de otros grupos subordinados y ha subrayado los efectos históricos de dicha resistencia. Hay acontecimientos cruciales como las deserciones en masa que se produjeron en el ejército ruso durante la Primera Guerra Mundial (un suceso que preparó el camino de la Revolución Rusa) y que constituyen ejemplos a gran escala de una revuelta indirecta motivada más por el afán de supervivencia que por la ideología²⁹. Los medios indirectos de la resistencia también podían ejercer una influencia que, aunque local, era inmediata. En un estudio sobre el asesinato esporádico de señores en la Francia medieval, Robert Jacob descubrió que, aunque de forma tácita, se aceptaba ampliamente la idea de que los señores que hubieran incurrido en crasa injusticia merecían ser objeto de resistencia, incluso por parte de los campesinos, siempre y cuando ésta no fuera indicio de algún tipo de desobediencia generalizada³⁰.

Es posible criticar el hincapié en la resistencia indirecta como exageración de la conciencia de clase y de la solidaridad del campesinado. Históricamente los campesinos han colaborado a veces con sus amos y han aceptado los términos de su subordinación³¹. También existían divisiones entre los propios miembros del colectivo subordinado, quienes tampoco es que presentaran un frente inequívocamente unido contra un opresor claramente identificable. La tendencia a ignorar estas divisiones puede verse como el fruto de una idealización romántica de la resistencia

²⁸ James C. SCOTT, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven, 1985). Véanse también *Everyday Forms of Peasant Resistance*, ed. Forrest D. COLBORN (Armonk, N.Y., 1989); o los artículos sobre las fórmulas cotidianas de la resistencia campesina en el sureste asiático que se recogen en *Journal of Peasant Studies* 13, nº 2 (1986); o *Contesting Power: Resistance and Everyday Social Relations in South Asia* (Berkeley, 1992).

²⁹ James C. SCOTT, «Everyday Forms of Resistance», en Colborn, ed. *Everyday Forms of Peasant Resistance*, pág. 14.

³⁰ Robert JACOB, «La meurtre du seigneur dans la société féodale: la mémoire, le rite, la fonction», *Annales E. -S. -C.* 45 (1990), 247-263.

³¹ Christine Pelzer WHITE, «Everyday Resistance, Socialist Revolution, and Rural Development: The Vietnamese Case», *Journal of Peasant Studies* 13:2 (1986), 56; allí se habla de «formas cotidianas de colaboración campesina».

campesina³². Además, no todas las manifestaciones de una actitud reacia a cooperar han de verse como un desafío deliberado. La maledicencia, la mala gana, la sátira pueden ser compatibles con la deferencia e incluso fortalecer los términos de un discurso dominante³³. El campesinado no se definía a sí mismo forzosamente en los términos de una oposición binaria entre ellos mismos y sus señores.

Y sin embargo—y a pesar de todo ello—existe realmente una lucha prolongada que adopta formas diversas. No es fácil trazar una frontera fija entre una oposición “seria” y un simulacro en el fondo “cómplice”, ni siquiera entre la resistencia directa y la indirecta. Una derivación útil del hincapié en la resistencia cotidiana es la revisión de nuestras ideas sobre cómo veían su propia situación los campesinos; el realce de su papel como agentes históricos, como actores de su propio destino. Con un término prestado de E.P. Thompson, James Scott describió la “economía moral” del campesinado, una ética de subsistencia que ni era inmutable ni estaba dominada por un empeño irracional, sino que constituía una respuesta local a la adversidad (natural y humana)³⁴. Medular dentro de la economía moral del ámbito rural resulta el hincapié en lo que Scott denomina en otra parte “*the small decencies*”—la pequeña dignidad perseguida en el trabajo, la familia, la comunidad y el deseo de tener un mínimo de autonomía y control sobre el propio entorno³⁵. El hecho de que estas aspiraciones no sean necesariamente universales o altruistas no las convierte en puro producto de una imaginación romántica.

Scott se ha preocupado especialmente de refutar aquellas teorías sobre la hegemonía que dan por sentado el consentimiento engañosamente obtenido de los oprimidos con respecto a su estado de subordinación. Quienes prestan atención exclusivamente a las manifestaciones violentas de la resistencia consideran equivocadamente que todo lo demás es aceptación. Tras las fórmulas de deferencia se esconde, aunque disfrazado, un rico vocabulario de resistencia. Lejos de asumir acríticamente la ideología hegemónica de las clases dominantes, los grupos sometidos son capaces de crear un espacio sustancial para la disensión, presentando un discurso y una actuación específicamente campesinos, y aprovechándose incluso de las justificaciones oficiales del orden social³⁶. Así, por ejemplo, lo

³² Sherry B. ORTNER, «Resistance and the Problem of Ethnographic Refusal», en *The Historic Turn in the Human Sciences*, ed. Terence J. MCDONALD (Ann Arbor, 1996), 281-304, sobre todo págs. 287-288.

³³ Una idea ésta apuntada por C.J. WICKHAM, «Gossip and Resistance Among the Medieval Peasantry», conferencia inaugural, Facultad de Historia, Universidad de Birmingham (separata, Birmingham, 1995).

³⁴ James C. SCOTT, *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia* (New Haven, 1976).

³⁵ SCOTT, *Weapons of the Weak*, pág. 350.

³⁶ Ejemplos de estas valoraciones favorables de la conciencia que el campesinado tiene de su propia situación y de las actuaciones derivadas de dicha conciencia son entre otros: FEIERMAN, *Peasant Intellectuals*; Steve J. STERN, «New Approaches to the Study of Peasant Rebellion and Consciousness: Implications of the Andean Experience», en *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, Eighteenth to Twentieth Centuries* (Madison, 1987), ed. Steve J. STERN (Madison, 1987). págs. 3-25.

que a los ojos de Lutero y de muchos historiadores modernos fue una interpretación excesivamente literal de la igualdad y la libertad cristianas en 1525 se puede ver como una utilización sincera, aunque también oportunista, de un sistema de ideas por muchos compartido: la convicción de que todos los cristianos comparten una cierta dignidad incompatible con la servidumbre o con otros aspectos de una dominación señorial arbitraria. Los campesinos de 1525, por lo tanto, no se engañaban al creer que las enseñanzas de la Reforma implicaban su liberación de la condición de siervos y su obligación de gobernar sus propias comunidades y elegir a sus propios pastores. Por el contrario, se sirvieron de las ideas reformistas y se aprovecharon de la confusión que el orden político atravesaba en Alemania para reclamar la enmienda de agravios ya existentes. Según esta visión de las cosas, ni fueron los campesinos agentes pasivos de un movimiento esencialmente urbano, ni tampoco seguidores ingenuos de lo que para ellos constituía el mensaje liberador de Lutero. Actuaron más bien guiados por unos cálculos en los que entraba un factor de vehemencia, pero también de racionalidad³⁷. De parecida manera, aquellos campesinos de la Rusia tradicional que proclamaron que el zar apoyaría sus revueltas no actuaron así movidos por la pura credulidad, sino que más bien dieron muestras de su competencia a la hora de legitimar la resistencia a la autoridad invocando *topoi* de índole conservadora y piadosa. Tuvieron la inteligencia suficiente como para disfrazar su programa revolucionario con un atuendo conservador³⁸.

Vemos, por tanto, que la cuestión de cómo se ha de considerar la resistencia campesina se ve afectada por dos factores: la relación entre los medios indirectos y los directos (evasión versus insurrección) y la conciencia del campesinado con respecto a su propia situación (si en sus revueltas vemos actos calculados, agitaciones promovidas desde el exterior, o espasmos de desesperanza). Todo esto se aprecia más claramente si pensamos en determinadas tipologías de resistencia campesina utilizadas por los historiadores de la Europa moderna. Hace cincuenta años el historiador soviético Boris Porchnev postuló una distinción entre formas “primarias” y “secundarias” de resistencia campesina. Las primarias eran rebeliones abiertas mientras que las secundarias se correspondían con las formas indirectas o cotidianas de la resistencia, dentro de las cuales Porchnev diferenció, de un modo más concreto, entre la no cooperación y la huida³⁹. Para Porchnev los campesinos atacaban el sistema feudal de propiedad y explotación, de forma que

³⁷ La obra de Peter BLICKLE ha puesto el acento en la base comunal y social de la Guerra de los Campesinos alemanes, al tiempo que ha valorado en esta última la profunda influencia del movimiento de la Reforma. Véanse, por ejemplo, sus *Die Revolution von 1525* (Munich, 1975) y *Gemeindereformation: Die Menschen des 16. Jahrhunderts auf dem Weg zum Heil* (Munich, 1985).

³⁸ FIELD, *Rebels in the Name of the Tsar*.

³⁹ Boris PORCHNEV (Porschnev), «Formen und Wege des bäuerlichen Kampfes gegen die feudale Ausbeutung», *Sowjetwissenschaft, Gesellschaftswissenschaftliche Abteilung* 1952, págs. 440-459. Publicado originariamente en *Izvestija Akademia nauk SSRR: seria istorii i filosofi* 7, nº3, 205-221.

cuando los disturbios se desencadenaron en forma de protestas contra los tributos reales, no tardó en producirse una escalada que desembocó en una serie de intentos por acabar con las que se consideraban condiciones abusivas del régimen señorial⁴⁰.

Porchnev fue innovador a la hora de presentar las revueltas campesinas como algo progresista y motivado por una interpretación fundamentada de las condiciones sociales (y no como la expresión de una desesperación irracional). Este historiador fue objeto de ataques hacia el final del periodo estalinista por haber minimizado el papel de la burguesía y por ello se le obligó a retractarse por escrito⁴¹. Pero incluso el Porchnev más atrevido pensaba que los levantamientos campesinos eran formas inferiores e ineficaces de la lucha de clases que habían servido para fomentar el absolutismo en lugar de conducir a cambio alguno de tipo progresista en las condiciones del mundo agrario.

Durante el periodo que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial y, aproximadamente, el año 1980 la mayoría de las tipologías utilizadas en Occidente para referirse a las revueltas campesinas minimizaron el papel del campesinado como clase social. Roland Mousnier discrepó de la visión que tenía Porchnev de las revueltas francesas al distinguir entre los escasos movimientos que sí se podían calificar como levantamientos campesinos y los que, mucho más numerosos, estaban dirigidos, o al menos manipulados, por miembros de la nobleza: agravios locales derivados de unos tributos centralizados más que un conflicto de clases propiamente dicho. En estos últimos casos los campesinos promovieron una agenda de intereses no menos conservadores que los de sus superiores sociales. Sus demandas reclamaban el restablecimiento de costumbres que se entendían beneficiosas, no la abolición de obligaciones. El enemigo eran los cambios y la opresión fiscal representada por un absolutismo real al alza⁴². La discrepancia de Mousnier con respecto a los propósitos revolucionarios de las insurrecciones campesinas la ha trasladado a la Edad Media Guy Fourquin. Los que se denominan levantamientos campesinos, piensa Fourquin, se pueden dividir en tres categorías: se trata o bien de 1) reivindicaciones de movilidad social por parte de elementos de la población que ya gozan de prosperidad; o de 2) empeños mesiánicos (por lo tanto irracionales); o de 3) el producto de crisis políticas de carácter extraordinario (una

⁴⁰ Véanse los estudios de PORCHNEV sobre las tempranas revueltas campesinas en Francia: *Die Volktaufstände in Frankreich vor der Fronde, 1623-1648* (Leipzig, 1954).

⁴¹ De ello se da cuenta en YARESH, «The 'Peasant Wars' in Soviet Historiography», págs. 255-256. Porchnev también creía que la Revolución Francesa había sido una insurrección agraria en lugar de burguesa. Algunas de sus opiniones eran bastante osadas, por no decir excéntricas: así, la de que las leyendas sobre el gigantesco hombre de las nieves de las montañas caucásicas se asentaban sobre hechos reales.

⁴² MOUSNIER, *Fureurs paysannes*: un trabajo debatido en M.O. GATELY et al., "Seventeenth Century Peasant 'Furies': Some Problems of Comparative History", *Past and Present* 51 (1971), 63-80; C.S.L. DAVIES, "Peasant Revolts in France and England: A Comparison", *Agricultural History Review* 21 (1973), 122-134. Una visión francesa un poco alternativa de Porchnev—una visión que más incluso que Mousnier ve a los campesinos como agentes exaltados pero ineficaces—véase Robert MANDROU, "Les soulèvements populaires et la société française du XVII^e siècle", *Annales E.S.C.* 14 (1959), 756-765.

categoría ésta que incluiría tanto la *Jacquerie* francesa de 1358 como el levantamiento inglés de 1381)⁴³. En su estudio sobre las revoluciones tardomedievales, Michel Mollat y Philippe Wolff se tomaron más en serio las demandas sociales de los campesinos, pero las mezclaron con movimientos urbanos como los *Ciampi* florentinos de 1381 o los motines antijudíos de Barcelona de 1391⁴⁴.

Se ha pensado entonces que las insurrecciones medievales y de comienzos del periodo moderno ni se ocuparon en realidad de promover las demandas campesinas ni fueron en el fondo movimientos radicales. El factor que con más fuerza parece viciar las implicaciones revolucionarias del descontento campesino es el carácter tradicionalista o reaccionario de aquellas demandas. La invocación de las bondades del orden tradicional se considera incompatible con una transformación radical del estado de cosas. Las demandas presentadas en este contexto sólo tendrían relevancia al más estricto nivel local, ya que las costumbres cambiaban de una jurisdicción a otra. La propia frecuencia y la pequeña dimensión de los levantamientos de comienzos de la Edad Moderna, por ejemplo, significarían que los agravios que motivaban tales actos tenían una índole tan local que su extensión a otros ámbitos resultaba imposible.

Peter Burke distingue entre movimientos campesinos tradicionales y radicales. Los primeros se reducen a una serie de demandas muy circunscritas al restablecimiento del pasado, mientras que los segundos ya imaginan una sociedad nueva liberada de la costumbre. El movimiento radical posee un potencial de expansión mayor, pero es menos frecuente, por lo menos en el periodo posterior a 1525⁴⁵. La obra de Eric Hobsbawm *Primitive Rebels* también describe lo que allí se ve como formas de resistencia arcaicas y limitadas en lo geográfico y en lo ideológico⁴⁶. Su importancia reside en la forma en que reflejan las aspiraciones de una población extensa y por lo general carente de una expresión vertebrada, y sólo de un modo secundario en cualquier tipo de conexión con organizaciones auténticamente revolucionarias. Hobsbawm identifica unos pocos movimientos de tipo arcaico (como los grupos de campesinos milenaristas) que se acercan al sentimiento revolucionario, y no puramente reformista, por contraste con la mayoría, que apenas pasan de ser formas de practicar el bandolerismo social⁴⁷. Por otro lado, el propio Hobsbawm sí ha reconocido en otra parte la capacidad de los campesinos para crear revoluciones sin pretender por ello desafiar el orden social o las estructuras de la propiedad⁴⁸.

⁴³ Guy FOURQUIN, *The Anatomy of Popular Rebellion in the Middle Ages* (Amsterdam, 1978; versión original publicada en París, 1972), págs. 129-160.

⁴⁴ Un estudio publicado originalmente en París (1970) y aquí manejado en la traducción inglesa de A.L. Lytton-Sells: Michel MOLLAT y Philippe WOLFF, *The Popular Revolutions of the Late Middle Ages* (Londres, 1973).

⁴⁵ Peter BURKE, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Nueva York, 1978), 173-178.

⁴⁶ Eric HOBBSAWM, *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries* (Manchester, 1959).

⁴⁷ *Ibid.*, págs. 3-8.

⁴⁸ Eric HOBBSAWM, "Peasants and Politics", *Journal of Peasant Studies* 1 (1973), 12.

En el caso de Cataluña, no es tanto el conservadurismo ideológico como los beneficios derivados por el estrato más favorecido del campesinado el factor que vicia las cualidades revolucionarias del conflicto tardomedieval. Según Núria Sales y Eva Serra, se han exagerado los efectos de la Sentencia Arbitral de Guadalupe. El régimen señorial no se abolió en 1486 y tan sólo una elite de campesinos alcanzó logros de importancia con las cláusulas de aquel acuerdo⁴⁹.

A la hora de hablar sobre el campesinado alemán y los acontecimientos que precedieron a la gran guerra de 1525, Günther Franz interpretó todos los levantamientos anteriores al mismo final del siglo XV como acciones movidas por una defensa conservadora de la tradición, puesto que las revueltas buscaban justificación en la ley tradicional. Si nos remontamos a los movimientos del *Bundshuh* de finales del XV y principios del XVI, ya vemos que se recurría a argumentos relativos a la “ley divina” como consecuencia de un deseo más apremiante y más drástico de acomodar las condiciones sociales no a un pasado que se imaginara feliz, sino a una ley natural inalterable y divina. Lo que posibilitó revueltas de escala media como el *Bundshuh* y el cataclismo generalizado de 1525 fue un programa común que se basaba no en leyes locales, sino en las enseñanzas de la reforma religiosa radical⁵⁰.

Los comentaristas aludidos tienen orientaciones políticas y metodológicas muy distintas, pero todos se ponen de acuerdo a la hora de decir que casi todos los levantamientos campesinos carecían del requisito revolucionario fundamental que consiste en plantearse una ruptura completa con el pasado. En su descripción general de los movimientos de las clases inferiores, no sólo del campesinado, Barrington Moore, experto en filosofía social, recurrió a una distinción parecida entre rebeliones supuestamente “auténticas” y rebeliones tradicionalistas. El principal camino que los grupos oprimidos escogen para protestar por su situación es la crítica a los órdenes superiores de la sociedad (muchas veces a las personas concretas que están en el poder). Los rebeldes, por lo tanto, aceptan la legitimidad del estrato social dominante en lugar de cuestionar de un modo más fundamental y revolucionario el derecho de dicho estrato a ejercer la autoridad⁵¹. Vemos, pues, una vez más, el contraste implícito entre las demandas genuinas y las tradicionalistas.

Todas estas tipologías se han visto socavadas por tres factores historiográficos relativamente nuevos: 1) el redescubrimiento de la capacidad de intervención del campesinado (el hecho de que los campesinos promovieron de forma activa

⁴⁹ Núria SALES, “Guadalupe 1486: Triomf del mas sobre el castell?” *Revista de Catalunya* 13 (1987), 53-63; Eva SERRA PUIG, “El règim feudal català abans i després de la Sentencia Arbitral de Guadalupe”, *Recerques* 10 (1980), 17-32.

⁵⁰ FRANZ, *Der deutsche Bauernkrieg*, págs. 1-91.

⁵¹ Barrington MOORE, *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt* (White Plains, N.Y., 1987), pág. 84: una afirmación criticada en SCOTT, *Domination and the Arts of Resistance*, págs. 91-96.

una serie de demandas coherentes), 2) el hincapié hecho en las formas indirectas de la resistencia, vistas ahora como herramientas eficaces y no inferiores al desafío directo, y, en último lugar, 3) el desencanto con las limitaciones demostradas por revoluciones radicales que sí han roto con el pasado. La capacidad de intervención del campesinado resulta de especial interés para los medievalistas norteamericanos y, en cierta medida, también para los ingleses. Ello se debe en parte al impacto de ciertos rasgos políticos y culturales del discurso intelectual norteamericano, como por ejemplo el feminismo, que subrayan la “voz” de los oprimidos: cómo los grupos subordinados protestan contra su opresión mediante actuaciones que no dejan una huella evidente en el registro histórico oficial. Esta orientación se manifiesta en una serie de estudios que presentan a los campesinos medievales como gentes informadas de los movimientos políticos y activas en ellos⁵². La preocupación concreta por la “voz” (cómo expresaban los campesinos en la práctica sus demandas) se presenta en el tratamiento del levantamiento de los campesinos ingleses de 1381. El análisis de Steven Justice atribuye mayor peso a las demandas campesinas de dignidad humana, alfabetización y respeto que a aquellas otras que giran en torno a cuestiones materiales o económicas⁵³. En su reconstrucción de un discurso campesino favorable a la rebelión, una reconstrucción que se hace sobre la base del testimonio de cronistas hostiles, Justice discierne un “lenguaje de la política rural”, mientras que Paul Strohm nos presenta una “ideología rebelde”⁵⁴.

El segundo factor, el hincapié que se hace en las formas indirectas de la resistencia campesina, ya se ha debatido aquí. El tercer factor, el fracaso de los movimientos revolucionarios, merece algún comentario. Contrariamente a lo que parecía cuando Hobsbawm y Moore escribieron sobre los levantamientos campesinos, en la actualidad (y por decirlo sin ambages) parecen haber fracasado las revoluciones radicales del siglo XX. Dichas revoluciones han transformado la existencia de las personas, pero no la han mejorado, y el coste social ha sido inmenso. Sobre todo allí donde, de un modo natural, sus efectos se esperaban más constructivos, en el Tercer Mundo, las luchas libradas en nombre del campesino no han tenido éxito. La experiencia de las revoluciones marxistas, o supuestamente marxistas, en Etiopía, Mozambique, Angola, Tanzania, Nicaragua o Cuba ha puesto en tela de juicio en qué consiste la resistencia eficaz y en dónde reside la falsa conciencia. Cuando estábamos seguros de saber reconocer una ideología “auténticamente” revolucionaria, cualquier revuelta que evocara un pasado armonioso nos parecía primitiva, secundaria o, en el mejor de los casos, “una forma

⁵² D.A. CARPENTER, “English Peasants in Politics, 1258-1267”, *Past and Present* 136 (1992), 3-42; R.B. GOHEEN, “Peasant Politics? Village Community and the Crown in Fifteenth Century England”, *American Historical Review* 96 (1991), 42-62.

⁵³ Steven JUSTICE, *Writing and Rebellion: England in 1381* (Berkeley, 1994).

⁵⁴ JUSTICE, *Writing and Rebellion*, págs. 140-192; Paul STROHM, *Hochon's Arrow: The Social Imagination of Fourteenth Century Texts* (Princeton, 1992), págs. 51-56.

inferior de la lucha de clases”. Ahora que ya no estamos tan seguros de lo que significa construir una revolución genuina, las rebeliones “primitivas” ya no presentan una dimensión inferior según algún patrón de medida preestablecido.

El carácter modestamente decente (“*small decencies*”) que Scott atribuía a una propiedad reducida pero suficiente, unas obligaciones fijas y razonables y un mínimo de dignidad humana parece menos complaciente y menos carente de radicalismo a la luz de las consecuencias que sobre los propios campesinos han tenido las revoluciones del siglo XX que se proclamaban sus liberadoras. En lugar de implicar una hegemonía al modo gramsciano que sirve para encarcelar a una clase rural oprimida dentro de una falsa conciencia de sumisión, aquellas demandas conservadoras del campesinado pueden verse como una estrategia que produce lo que Scott llama “un espacio para una subcultura disidente” y un “disfraz político”. Ya hemos citado el análisis que hace Field de los campesinos rusos rebeldes cuya exaltación del zar era una estrategia de legitimación, la ocupación de una altura moral, en lugar de una creencia literal e infantil en la figura del padre benefactor. Lejos de ser gentes ingenuas, exaltadas o mesiánicas, los campesinos rebeldes de aquella circunstancia demostraron astucia al suponer que el orden establecido no se iba a abolir tan fácilmente.

Al reconocerse la racionalidad y la conciencia política o ideológica de los campesinos, el papel histórico de éstos se vuelve menos desvalido o dependiente de fuerzas externas. Esto es importante cuando se trata de examinar el periodo de la historia europea que incluye las revueltas campesinas más graves y de mayor extensión: la etapa que se extiende desde la Peste Negra de 1347-1349 y la Guerra de los Campesinos alemanes de 1525. Aquí, hasta cierto punto, la historiografía de los años recientes ha tenido que “volver a inventar la rueda” al demostrar que aquellos movimientos *si fueron* luchas por la consecución de demandas relativas a las exacciones señoriales, el uso de las tierras comunales o la oposición a la servidumbre, y no revueltas burguesas ni revueltas fiscales ni revueltas políticas. Cuanto más vemos en los campesinos agentes históricos racionales, más en serio tomamos sus demandas tal y como éstas se expresan en los propios términos del campesinado. Por poner un ejemplo, en su tratamiento de la Guerra alemana de 1525, Peter Blicke ha reconducido la indagación histórica por los caminos de la servidumbre, el problema más común a lo largo de todo el territorio afectado. Al analizar 54 listas de agravios procedentes de la región de la Alta Suabia (y en donde se recogen un total de 550 agravios), Blicke descubrió que en el 90% de los casos se denunciaba la servidumbre y que las demandas en pro de su abolición figuraban muchas veces entre los puntos principales de las peticiones. La servidumbre, concluye Blicke, era el motivo de queja más importante⁵⁵. Y no se trataba de una mera estrategia negociadora, sino de una exigencia crucial. De

⁵⁵ BLICKLE, *The Revolution of 1525*, pp. 26-27, 202-205.

entre 20 textos similares relativos a las jurisdicciones eclesiásticas en la Alta Suabia, 15 (18 artículos) piden la abolición de la servidumbre. Sólo en un caso se habla de rebajar sus cargas⁵⁶. La servidumbre era la clave de otros agravios, más de tipo económico, relativos a los tributos y exacciones o el control de la caza, la pesca y la recogida de leña de los bosques. El control arbitrario ejercido por el señor y la capacidad que éste tenía de modificar a su antojo las condiciones que regían la tenencia de la tierra constituían la esencia de la servidumbre, de la misma manera, la capacidad de controlar el propio entorno local y la seguridad de poder perpetuar las que se veían como tradiciones consagradas constituían la esencia de la libertad. Aunque la concentración más grande de quejas relativas a la servidumbre procede del sudoeste de Alemania, también fue éste un factor importante en las revueltas ocurridas en las diócesis de Augsburgo, Alsacia y el principado arzobispal de Salzburgo⁵⁷.

En el caso de la Inglaterra de 1381, como se ha dicho hace un momento, los estudios recientes han vuelto a descubrir un programa de actuación campesina en lugar de ver la rebelión en el contexto de los agravios de los campesinos más favorecidos o, en el otro extremo, como una radical exigencia de abolición del dominio señorial. La coherencia de propósitos del campesinado se centra más concretamente en las quejas contra el ejercicio arbitrario del poder señorial. Mientras que las demandas de los campesinos de Londres se orientaban a la liquidación del conjunto del sistema señorial, los movimientos que se desarrollaron en localidades como St Albans vertebraron un desafío bastante más moderado frente a determinados incidentes y derechos señoriales que resultaban particularmente onerosos o arbitrarios: los derechos de utilización de bosques y pastos comunales, el derecho de caza, la extinción de los monopolios (como la prohibición dictada por el abad de que los tenentes poseyeran molinos de mano), o la abolición de los tributos que gravaban las transmisiones hereditarias⁵⁸. Lo que unificaba todas estas reivindicaciones locales era la oposición a las ventajas arbitrarias del régimen señorial, y no tanto un ataque radical contra dicho régimen: la continuación a escala más grande de intentos anteriores por restablecer una supuesta relación originaria entre los señores y sus gentes que se creía justa sin que ello implicara la destrucción del propio sistema señorial.

Existen estudios sobre los rebeldes ingleses que no marcharon sobre Londres según los cuales las demandas de aquéllos versaban sobre cuestiones de jurisdic-

⁵⁶ André HOLENSSTEIN, "Äbte und Bauern: Vom Regiment der Klöster im Spätmittelalter", en *Politische Kultur im Oberschwaben*, ed. Peter BLICKLE (Tubingen, 1993), pág. 264.

⁵⁷ *Quellen zur Geschichte des Bauernkrieges in Deutschland*, ed. Günther FRANZ (Darmstadt, 1963), n.º 70 (pág. 239), n.º 94 (págs. 305-309), n.º 112 (pág. 343); *Quellen zur Geschichte des Bauernkrieges in Deutschtirol 1525*, ed. Hermann WOPFNER (Innsbruck, 1908), págs. 46, 61, 134-135; Albert HOLLAENDER, «Die vierundzwanzig Artikel gemeiner Landschaft Salzburg, 1525», *Mitteilungen der Gesellschaft für Salzburger Landeskunde* 71 (1931), 65-88 (sobre todo pág. 83).

⁵⁸ Rosamond FAITH, «The 'Great Rumour' of 1377 and Peasant Ideology» en *The English Rising of 1381*, ed. R.H. HILTON y T. H. ASTON (Cambridge, 1984), págs. 62-70.

ción señorial y feudal, más concretamente la servidumbre y el derecho de cobrar tributos a la población villana en razón de la condición señorial⁵⁹. Como sucedió con las otras grandes rebeliones del periodo, las oportunidades abiertas por la debilidad del gobierno o por las alianzas con otros grupos no oscurecieron las cuestiones de posición social y señorío rural que más interesaban a los campesinos. Quienes fueron a Londres y mantuvieron rehén al joven rey Ricardo II pasaron de manifestar quejas por las cargas fiscales y la corrupción de los funcionarios de la corona a exigir la abolición de la servidumbre y la modificación (que no abolición en este caso) del régimen señorial⁶⁰. La revuelta fue el fruto de una conjunción de lo que podríamos llamar circunstancias “políticas”, relacionadas éstas con el descontento por la administración del gobierno, y, por otra parte, tensiones en la relación entre señores y usufructuarios.

El levantamiento catalán que se inició en el año 1462 y que se prolongó hasta 1486 constituye el único ejemplo en todo el medievo de una guerra campesina que alcanzó el éxito, por cuanto al menos consiguió su propósito declarado de abolir los *mals usos* que definían la servidumbre. De aquí no se deduce que el propio régimen señorial resultara fatalmente dañado en el proceso; algunos estudios sobre la Cataluña del periodo moderno han minimizado los efectos de la Sentencia Arbitral de Guadalupe al resaltar la persistencia en el ejercicio de la mayoría de las prerrogativas señoriales y al descubrir más parecidos que diferencias entre el siglo XIV y los siglos XVI o XVII⁶¹. Esto hay que relacionarlo con una tendencia a negar que la guerra se pueda llamar en realidad levantamiento campesino. Como en los casos inglés y alemán, también aquí se produjeron grandes alteraciones políticas que abrieron una puerta a la activación de demandas sociales.

Ya he sostenido en otra parte que deberíamos tomarnos en serio los acontecimientos de 1462-1486, por cuanto constituyen una verdadera guerra del campesinado ligada a su vez a la previa imposición de la servidumbre⁶². Si aceptamos que la guerra de los *pageses de remensa* es lo que parece, sus objetivos, sin llegar a significar el fin del sistema señorial, fueron sin embargo lo suficientemente

⁵⁹ Véase por ejemplo el caso de Essex en L.R. POOS, *A Rural Society After the Black Death: Essex 1350-1525* (Cambridge, 1991), págs. 231-252.

⁶⁰ Sobre la Revolución inglesa y sus causas, véanse Christopher DYER, «The Social and Economic Background to the Rural Revolt of 1381», en *The English Rising*, págs. 9-42; E.B. FRYDE y Natalie FRYDE, «Peasant Rebellion and Peasant Discontents» en *The Agrarian History of England and Wales*, vol.3, ed. Edward MILLER (Cambridge 1991), págs. 744-819; Rodney HILTON, *Bondmen Made Free: Medieval Peasant Movements and the English Rising of 1381* (Nueva York, 1973); John HATCHER, «England in the Aftermath of the Black Death», *Past & Present* 144 (1994), 3-35.

⁶¹ Vid. supra, nota 49. Véase también Eva SERRA I PUIG, *Pagesos i senyors a la Catalunya del segle XVII. Baronia de Sentmenat, 1590-1729* (Barcelona, 1988). Mercè AVENTÍN, *La societat rural a Catalunya*, rebaja, de un modo específico, la importancia de la guerra de los *remensas* y describe un modo de producción y un sistema de uso de la tierra que se prolongan desde el siglo XII hasta bien entrado el XVI.

⁶² FREDMAN, *Origins of Peasant Servitude*, sobre todo págs. 166-202.

radicales como para exigir la abolición de la servidumbre. La revuelta, que se aliaba con la autoridad real, no incluía una radical reorganización política de la sociedad, ni se inspiraba en algún tipo identificable de entusiasta heterodoxia religiosa como la que se asocia a los hechos ocurridos en Alemania en 1525 o en Inglaterra en 1381.

La revuelta de los campesinos húngaros de 1514 sí fue un intento de alterar radicalmente el orden político. Lo que comenzó como una cruzada contra los turcos se convirtió en un movimiento que aspiraba a acabar con los privilegios de la nobleza húngara, cuyo fracaso a la hora de proporcionar ayuda militar suscitaba un rechazo aún mayor que el de los infieles a los ojos de los rebeldes⁶³. A los campesinos se les acusó de intentar exterminar a la totalidad de la nobleza húngara, pero en realidad sus quejas subrayaban su condición de siervos como emblema de la opresión que padecían y reprochaban a la nobleza su incompetencia a la hora de ganarse sus privilegios protegiendo el reino. Aquí, como en el caso catalán, nada da a entender una reforma anticlerical o movida por el radicalismo religioso, si bien es cierto que en Hungría la revuelta se vio rodeada de una ideología caracterizada por el fervor religioso. La predicación de la orden franciscana contribuyó a preparar el terreno a la rebelión y entre los líderes de los ejércitos campesinos se contaban algunos miembros de dicha orden⁶⁴. La inspiración religiosa de los campesinos, sin embargo, era hondamente tradicional: tanto, que la idea de la cruzada —un concepto que en otras partes de Europa ya hacía varios siglos que había perdido fuerza— constituía la principal expresión ideológica de aquella guerra⁶⁵. Los rebeldes proclamaban con énfasis su propio coraje, que contrastaba con la evasión de su responsabilidad militar por parte de la nobleza. No sólo era santa la guerra contra los turcos, sino que al soportar los campesinos la carga militar, eran ellos quienes debían dominar a una nobleza a la que los rebeldes echaban en cara ahora su incapacidad de estar a la altura de la muy tradicional concepción de los Tres Órdenes de la sociedad. La revuelta húngara fue brutalmente aplastada y las instituciones de la servidumbre salieron tan reforzadas que siguieron vivas hasta el siglo XIX. La Guerra húngara es, por lo tanto, un fracaso destacado, lo que la distingue no sólo del triunfo catalán, sino también del limitado éxito extraoficial de la rebelión inglesa de 1381.

⁶³ Sobre la revuelta húngara, véanse los documentos recogidos en *Monumenta rusticorum in Hungaria rebellium anno MDXIV*, ed. Anton Fekete NAGY et al. (Budapest, 1972); Gábor BARTA, «Der ungarische Bauernkrieg vom Jahre 1514», en *Aus der Geschichte ostmitteleuropäischer Bauernbewegungen im XVI-XVIII Jahrhundert*, ed. Gusztáv HEKENEŠT (Budapest, 1972), págs. 63-69; Norman Housley, «Crusading as Social Revolt: The Hungarian Peasant Uprising of 1514», *Journal of Ecclesiastical History* 48 (1988), 1-28. Yo he intentado trazar una comparación entre los respectivos trasfondos ideológicos de los conflictos catalán y húngaro: «The Evolution of Servile Peasants in Hungary and in Catalonia: A Comparison», *Anuario de estudios medievales* 26/2 (1996), 909-931.

⁶⁴ Jenő SZÜCS, «Die oppositionelle Strömung der Franziskaner im Hintergrund des Bauernkrieges und der Reformation in Ungarn», en *Études historiques hongroises 1985*, vol. 2 (Budapest, 1985), 483-512.

⁶⁵ Jenő SZÜCS, «Die Ideologie des Bauernkrieges», en *Ostmitteleuropäische Bauernbewegungen* (cf. supra, nota 63), págs. 157-187.

Entre todos los levantamientos campesinos de la baja Edad Media se registran diferencias sustanciales en lo tocante al clima de opinión religiosa, el grado de perturbación política y las demandas concretas de los campesinos. No obstante, y una vez que estamos dispuestos a reconocer a estos últimos la autonomía de su agencia histórica, se pueden señalar algunas similitudes: la importancia de las cuestiones de libertad y servidumbre, la capacidad de los campesinos para aprovechar las oportunidades abiertas por las tensiones o colapsos del orden político y para formular sus demandas al abrigo de conceptos tan ampliamente aceptados como los Tres Órdenes o la igualdad cristiana, en lugar de centrarse exclusivamente en el derrocamiento radical del sistema feudal. Y esto, a su vez, conecta las grandes insurrecciones bajomedievales con los constantes actos de resistencia a pequeña escala, declarados u ocultos, de las centurias medievales⁶⁶.

CONCLUSIÓN

Los instrumentos conceptuales de la resistencia no se derivan únicamente de la deslegitimación de la autoridad, sino también de lo que Barrington Moore denomina “*standards of condemnation*”—una norma de censura moral que sirve para “explicar y juzgar el sufrimiento contemporáneo”, así como de “un diagnóstico y un remedio nuevos para las formas existentes del sufrimiento”⁶⁷. Que semejante diagnóstico no tiene que ser completamente nuevo es lo que en esencia se viene defendiendo aquí. Siempre existió un substrato de resistencia al ejercicio arbitrario del poder señorial que anunciaba los grandes conflictos bajomedievales. Solamente con respecto al Imperio Alemán Peter Bierbrauer ha contabilizado 59 insurrecciones campesinas entre 1336 y 1525⁶⁸. Muchos de los escenarios de la Revuelta inglesa ya habían sido testigos de anteriores pleitos o actos de insubordinación, y en una muestra de los que en 1381 se identificaron como rebeldes se incluyen muchos campesinos que ya habían mantenido confrontaciones con sus señores por cuestiones relativas a multas o a la propia condición servil de los insurrectos⁶⁹. Mucho antes de 1381 ya se habían promovido persistentes pleitos legales y revueltas provocadas por agravios locales que nos dan un anticipo del programa de la rebelión; y aquellos agravios estaban relacionados con determinados cambios introducidos a la fuerza en la costumbre feudal

⁶⁶ Esta tesis la he defendido, en referencia a la continuidad de la ideología, en *Images of the Medieval Peasant* (Stanford, 1999), págs. 239-288.

⁶⁷ MOORE, *Injustice*, pág. 87.

⁶⁸ Peter BIERBRAUER, «Bäuerliche Revolten im alten Reich. Ein Forschungsbericht», en *Aufbruch und Empörung? Studien zum bäuerlichen Widerstand im Alten Reich*, ed. Peter Blicke et al. (Munich, 1980), págs. 26, 62-65.

⁶⁹ DYER, «The Social and Economic Background», págs. 34-35; John F. NICHOLS, «An Early Fourteenth Century Petition from the Tenants of Bocking to their Manorial Lord», *Economic History Review* 2 (1929-1930), 300-307.

por los señores con el fin de realzar su poder arbitrario sobre los tenentes⁷⁰. En lugar de ver en los grandes conflictos solamente el fruto inmediato de las circunstancias particulares (los trastornos que siguieron a la Peste Negra, la guerra civil o la reforma religiosa), sería posible verlos como parte de un continuo dentro de una historia prolongada de frecuentes revueltas locales.

También quisiera destacar que los métodos indirectos y directos de la resistencia constituían estrategias mutuamente relacionadas, que no totalmente contrapuestas. La transición de unos procedimientos a otros dependía más de la percepción de oportunidades y expectativas que del grado de opresión. En los modelos clásicos de insurrección campesina se pasa casi sin continuidad alguna de la sumisa aceptación de una ideología dominante a la acción revolucionaria surgida del colapso de la legitimidad de dicha ideología. En lugar de verse como la súbita explosión de ira de una población esencialmente subyugada, o el reflejo de una apocalíptica irracionalidad, las insurrecciones medievales deberían percibirse como procesos más planificados, más oportunistas y hasta diríamos más optimistas (aunque el optimismo estuviera en la mayoría de los casos injustificado).

Los orígenes de la rebelión campesina, por lo tanto, dejan de motivar una búsqueda del repentino tránsito desde la aceptación de la jerarquía hasta el pensamiento revolucionario y apuntan más bien a un cambio más gradual que va desde las tácticas de evasión cotidianas hasta el desafío público, valorándose formas alternativas de resistencia indirecta. La norma de censura ya aludida es un aspecto clave en el desarrollo de una revuelta, pero se trata de un patrón que sólo de modo secundario se deriva del cataclismo religioso, la exportación de ideologías subversivas o el colapso interno del estado. Dicha norma de juicio es más bien el resultado de la apropiación ideológica de ideas ya existentes y su reorientación hacia las exigencias de lo inmediato.

No todas las guerras del campesinado implicaron el mismo conjunto de justificaciones. En Inglaterra, la idea de igualdad original fue un modo de atacar la condición servil de los campesinos y el que se consideraba injusto sistema señorial que posibilitaba dicha condición. En el caso catalán se esgrimió el argumento de que la servidumbre quebrantaba la ley divina y natural, utilizándose al menos en un caso las palabras de un conocido fragmento de Gregorio Magno sobre la liberación de la Humanidad entera por el sacrificio de Cristo⁷¹. En

⁷⁰ Rodney HILTON, «Peasant Movements in England Before 1381», en Hilton, *Class Conflict and the Crisis of Feudalism: Essays in Medieval Social History* (Londres, 1985), págs. 122-138; Barbara A. HANAWALT, «Peasant Resistance to Royal and Seigniorial Impositions», en *Social Unrest in the Late Middle Ages: Papers of the Fifteenth Annual Conference of the Center for Medieval and Early Renaissance Studies*, ed. Francis X. NEWMAN (Binghamton, 1986), págs. 30-40.

⁷¹ GREGORIO I, *Registrum epistolarum*, Corpus Christianorum 140 (Tournholt, 1982), 6:12, pág.380. «Cum redemptor noster totius conditor creaturae ad hoc propitiatus humanam voluit carnem assumere, ut divinitas suae gratia, disrupto, quo tenebamur capti vinculo servitutis, pristinae nos restitueret libertati». Sobre el uso de este texto véase Paul FREEDMAN, «The German and Catalan Peasant Revolts», *American Historical Review* 98 (1993), 47-51.

Hungría la justificación de la revuelta se vinculó a una acusación de ruptura del principio de reciprocidad y de la funcionalidad de los órdenes de la sociedad. Al haber incumplido su obligación de defender la fe y el reino, la nobleza debía ser eliminada. En Alemania se recurrió tanto a la idea de igualdad en el momento de la Creación como al significado del sacrificio de Cristo⁷².

Lo que todas estas guerras tienen en común con muchos conflictos más modestos es la importancia de la servidumbre como agravio fundamental del campesinado rebelde. La condición servil o bien figuraba entre las causas directas del conflicto a los ojos de los cronistas y de los propios campesinos, o servía de argumento contra determinadas condiciones más concretas del régimen señorial que se pensaban injustas, desde las restricciones impuestas al uso de tierras comunales a la exacción de tributos, pasando por los intentos de volver a imponer requisitos que, como la residencia o las cargas que gravaban las herencias, ya habían caído previamente en desuso. Todo ello se debe a que la servidumbre era el nudo material y simbólico del conflicto sobre la dignidad humana: una circunstancia real y también un símbolo de la degradación.

La servidumbre era, pues, importante, y al atacarla los campesinos se valieron de un vocabulario que sus amos comprendían bien. Su mensaje seguía siendo comprensible tras cruzar las fronteras de clase u orden social y en absoluto dimanaba únicamente de un discurso campesino sobre el mundo que fuera autónomo o crítico. La resistencia campesina conllevaba toda una serie de evasiones cotidianas, pero la dimensión de las rebeliones tardomedievales y el relativo (y quizás indirecto) éxito que algunas obtuvieron se debieron a la incompleta hegemonía de los elementos dominantes de la sociedad, quienes, en ciertos aspectos, se vieron limitados e incluso intimidados por sus subordinados.

⁷² Peter BIERBAUER, «Das Göttliche Recht und die naturrechtliche Tradition», en *Bauer, Reich und Reformation: Festschrift für Günther Franz zum 80. Geburtstag am 23. Mai 1982*, ed. Peter Blickle (Stuttgart, 1982), págs. 210-234.